

CAPITULO IV

Abril.

Muy tranquilo y libre en este mes de toda otra preocupación, pude dedicar mayor interés á mis viajes circulares *intramuros* y describir día por día mis observaciones. He aquí una de ellas. El tranvía viene á ser una institución educadora. En el contacto cotidiano con las gentes de toda especie, los orgullosos pierden un poco de su altivez, los egoístas oyen palabras y frases de desesperación y de dolor que hacen que su pensamiento se active; la señora que tiene un muchacho sano entre sus brazos, pregunta á una mujer del pueblo, que tiene un chiquillo pálido, por qué dobla tristemente la cabeza sobre el pecho, y á la idea poco agradable de lo que ha visto, y admirada por la presencia y belleza de su hijo, baja del carruaje con el corazón oprimido, temerosa de que pueda verse en tal estado el fruto de sus entrañas. Es también una escuela de cortesía el coche público, porque á fuerza de ver á otros ceder un puesto á las mujeres, acaba uno por cederlo también casi por instinto de imitación y de ejemplo; la caridad que hace que uno de los pasajeros alargue la mano al anciano al

subir, ó asir por los brazos á los ancianos que bajan; muchos que no tienen los sentimientos de la educación y de la cortesía desarrollados hacen otro tanto, porque el hombre más vulgar se siente inclinado á la cortesía viendo la mirada de muchos ojos que le observan y escrutan con expresión de disgusto, hiriendo el amor propio de los que se portan de una manera distinta de las gentes bien educadas. Si; esos cientos de carruajes que recorren y dan la vuelta por la ciudad durante todo el año, vienen á ser unos centenares de escuelas ambulantes donde las diversas clases sociales aprenden, unas de otras, muchas cosas útiles: por ejemplo, que no es grande la diferencia que existe de unos á otros, es sólo por el aspecto. Si pobres y ricos se pusieran un poco en contacto, podría verse que todos son lo mismo, que todos sienten iguales impresiones y que todos están sujetos á las mismas miserias. Que produciría mucho bien si hubiera la costumbre de hablar y comunicarse los altos y los bajos, pues la aversión entre las clases sociales no nace tanto de la desigualdad de sus fortunas, como de la envidia recíproca, del odio, del desprecio que sienten unos por otros y que la cortesía amenguaría en alto grado. Esto pensaba viendo en el carruaje á un señor grueso y á un joven obrero, que se inclinaban los dos á la vez para recoger un objeto que se le había caído al suelo á una anciana compañera de viaje. Veinte años, de fijo el segundo no se hubiese inclinado, ni mucho menos el primero.

*
*
*

Un nuevo conocimiento: *el Marqués*. Es un cobrador que, respecto á cortesía puede considerarse colocado en el primer peldaño de la escala en la cual Tempestad ocupa el último.

Le conocí uno de estos días en la línea del Valentino, yendo á visitar á Angelo Mozzo. Le han puesto de apodo *el Marqués* y frecuenta la línea. Tiene la facha de un tenor: es rubio, pálido, esbelto, con ojos azules, boca de pájaro, y unos bigotes rubios como el oro. Saluda al dar el billete, vuelve á inclinarse al recibir el dinero, pide perdón antes de pasar por delante de algún pasajero, ayuda á las señoras y á los hombres á subir y á bajar, tomándoles cuantos objetos les embarazan, y todo esto hecho de una manera tan atenta, que no parece sino que aquella persona pertenece á una clase superior y que por un momento se ha entretenido en conocer por experiencia la clase de trabajo de los conductores de tranvía. Pertenece á la familia de los eróticos sentimentales. Parece un gran señor haciendo los honores de la casa á sus invitados. Se comprende que el tratar con el bello sexo sea una verdadera delicia para él. Una sonrisa, un gesto de complacencia de una señora, le produce una impresión tan grande, que durante un momento apenas respira, saliendo después de sus labios un fuerte suspiro. De fijo que ha sido bailarín de teatro regio, ó modelo de pintor, ó camarero de alguna vieja de la nobleza. Al apuntar

el número en el libro talonario adopta una postura tan artística, que parece como si dibujara el retrato de los pasajeros. Si alguna muchacha está enamorada de sus condiciones, debe sufrir terriblemente y estar celosa al pensar que mientras está en casa trabajando, ó en el taller, él en cambio se halla entre una colección de mujeres, señoras y señoritas, distribuyendo billetes y sonrisas, cogiendo cada una de las piezas de diez céntimos como se coge una flor, y debe su alma estar inquieta durante todo el día, pensando en aquella línea que debe ser una obsesión perpetua, esperando que acabe aquella ingrata tarea como señal de liberación.

*
* *

En la línea del Valentino, en el momento de hacer parar el tranvía, al salir de casa de mi amigo, vi nuevamente á la «virgen muerta». Estaba sentada en el último banco; blanca, seráfica, impasible como siempre, destacándose entre las otras señoras como una «madonna» del Fiezolano, en medio de los figurines de un diario de modas. Me quedé de pie en la plataforma para admirar de cerca la riqueza de su finísimo pelo castaño, bajo el cual se inclinaba su cuello blanco y delicado, tan blanco, que hacía dudar si aquella mujer sería una niña, pues sus líneas purpúreas, tan delicadas, hacían creer que un ligerísimo apretón de manos bastaría para sofocarla. Tenía en las rodillas un paquete envuelto en la «Stampa» y le tenía cogido con una mano sutil y nívea como su cuello, y que de seguro no pesaba más que el pétalo de un lirio. Su cuerpo no

se estremeció lo más mínimo, como si su naturaleza angelical fuera insensible al cambio de las estaciones. Sus mejillas, de purpurísimas líneas, no estaban más coloradas en aquel mes de Abril que en los días más crudos del invierno, y ni una sola de las flores que llevaba en el sombrero y sobre su seno se agitaban. Estaba yo seguro de que tan tranquilo como las flores aquellas debía ser su pensamiento. La observé durante largo rato y volví á sentir la obsesión de saber quién fuese, pues no acertaba á imaginar que aquella muchacha tuviese ninguna ocupación que conviniera á su aspecto, tan distinto del de todas las demás muchachas que yo había visto. Y cuando estaba buscando en la imaginación, y cuando todo lo que encontraba me parecía discordante é imposible de conciliar con aquel modo de ser, con aquella serenidad de cielo de invierno, con aquella apariencia de ignorancia claustral ó de soberana indiferencia por el mundo, cuando mi pensamiento no reposaba ni un instante, imaginándomela tal como se me había aparecido la primera vez, coronada de rosas, envuelta en un velo blanco, tendida sobre un túmulo, con los brazos en cruz y una sonrisa en los labios, imagen de un mundo sobrehumano; mientras así la imaginaba, en un momento en que el tranvía desembocaba en la carrera Víctor Manuel, dió una sacudida violenta el carruaje, y el paquete que llevaba sobre sus rodillas se abrió, y el contraste extraño entre lo que vi y lo que me imaginaba, inspiróme por un momento verdadero terror.

El misterio quedaba descubierto; tuve como una visión instantánea en la que se me apareció aquella mujer entre los horrores de una sala de disección. La verdadera, la última cosa que hubiese podido imaginar nunca. El paquete que lle-

vaba aquella muchacha contenía una pieza anatómica. ¡Era una estudiante de medicina!

*
* *

Estaba escrito sin duda. No llegaré nunca á conquistar el corazón del caballero que leía la *Gazzetta del Popolo*; hoy he caído bastante en su desgracia. Le tenía al lado, en el tranvía, en la calle Garibaldi, en las primeras horas de la mañana. También en la jardinera, como en los carruajes cerrados, si no encontraba libre el puesto de la izquierda del último banco del fondo, antes de sentarse en otra parte se quedaba de pie en la plataforma. Teníamos ambos á dos en la mano la *Gazzetta*; yo me entretenía en admirar la precisión mecánica con que, para leer la página siguiente, desdoblaba el periódico, volvía á plegarle con gran cuidado por los primitivos dobleces pasando lentamente los dedos, operación que verificaba con gran solemnidad y como si se tratara de una cosa sagrada. Mientras él se ocupaba en aquel trabajo, le veía yo en su oficina hacer cada mañana los mismos pasos contados; tomar siempre la misma pluma del mismo puesto, apuntar cada día los mismos números y hacer el mismo trabajo; salir siempre á la misma hora y en los minutos precisos, é imaginaba yo que en su pensamiento se sucedían y reproducían, ciertamente con el mismo orden y lentitud con que doblaba el periódico, y que debía de ser una imagen de su casa de buen turinés célibe y tranquilo; célibe sin duda, porque era imposible que un hombre semejante hubiese querido someterse al desorden viviente de una mu-

jer. ¿Y cómo pensando todo esto pude cometer ante sus ojos la imprudencia que cometí? Para buscar una noticia que me convenía en la segunda página de la *Gazzetta*, metí la mano y desgarré el periódico con los dedos. Se volvió hacia mí como si su instinto le advirtiera el acto vandálico que yo cometía. Observó con ojos desmesuradamente abiertos el horrible destrozo que había hecho mi mano en el margen, y levantando luego los ojos por encima de los lentes, me miró un instante con expresión indecible de estupor, que me hizo comprender entonces la enormidad de mi delito, y dije para mí:

—Me he perdido; nunca más, nunca más podré volver á adquirir la estimación de este hombre.

Y efectivamente, por el cuidado más meticuloso que nunca con que dobló el diario antes de bajar del tranvía, y por la mirada que me echó como de despedida, comprendí claramente el intento de enseñarme cómo deben hacerse ciertas cosas, y que en lo sucesivo ninguna relación amistosa podía existir entre los dos. Pues bien, sí, tiene razón; debía de haber una diferencia enorme de temperamento, de vida y de opiniones entre quien rompe un diario, como yo lo hice, y quien lo dobla como lo hizo él. ¡Qué diablo! «Dime cómo tratas la *Gazzetta del Popolo*, y te diré quién eres».

*
* *

Paseé durante toda la tarde del domingo para gozar del espectáculo curiosísimo que puede ofrecer una jardinera que lleva una gran multitud: treinta rostros que parecían un enjambre huma-

no volante. Rostros curiosos, rostros alegres, rostros impasibles, rostros estúpidos y como adormecidos por la digestión difícil de una comida dominical; rostros brillantes y alegres, ó sonrientes con la dulzura que presta la satisfacción de un reposo honesto; ojazos negros ó azules que os lanzan un rayo de luz; parejas de amantes que cuchichean al oído; viejos arrugados que se adormecen; cabezas blondas de muchachos que agitan los brazos en señal de alegría hacia quien los mira. Dura la visión un solo momento; pero si en el tranvía que pasa en dirección contraria se advierte una señora muy hermosa, ó un vestido elegante ó un sombrero extraño, todos los ojos de los pasajeros se vuelven rápidos, siguiendo la visión fugaz, y en aquel rápido encuentro se reconocen á veces aquí y allá los pasajeros, cámbianse saludos y señas amigables con la mano, apóstrofes truncados que se repiten á distancia, como de popa á proa entre dos vapores. Venise primero treinta caras de frente, después treinta cabezas de perfil, y luego treinta nuca y treinta espaldas. La comitiva se presenta bajo el aspecto de un grupo estatuario puesto encima de un trípode giratorio. Se encuentran jardineras en las cuales domina el elemento juvenil y que parece que tengan un aire de fiesta; otras que parecen llevar una carga de melancólicos y de malhumorados, pues todos los rostros están graves y como adormecidos, y algunos, en fin, que teniendo guardias en la plataforma delantera y algunos soldados y carabineros en la plataforma trasera, recuerdan la imagen de un coche celular que conduce presos desde la cárcel á la audiencia. Lo más curioso de esos trayectos puede advertirse cuando llega la noche, cuando los tranvías pasan rápidamente, iluminados por los rayos blancos de la luz eléctrica, ó amarillos del

gas, y variadamente alumbrados con los faroles blancos, oscuros, verdes, encarnados y azules de los coches, rostros congestionados de borrachos, caras lánguidas de amantes, niños adormecidos, cabezas de jovencitas apoyadas sobre los hombros del marido, brazos varoniles que rodean la cintura de la mujer, manos amorosas entrelazadas, bocas y orejas que se tocan, y las facciones tristes de algún pasajero solitario oprimido por todo un día de invencible tedio. ¡Oh! cuántas tristezas y desilusiones, cuánto pesar del dinero gastado, cuánta impaciencia febril de los enamorados, cuántas esperanzas y sueños de amor naciente, y presentimientos tristes de amargura llevarán á casa durante la noche todos aquellos carruajes. También llevo yo alguna amargura á mi casa. En una jardinera que pasaba reconocí á mi «enemigo»; estaba de pie en la plataforma delantera y llevaba al lado una muchachita de ocho ó diez años que se le parecía mucho, de la cual ignoraba yo la existencia, graciosa, con dos grandes ojos bondadosos y dulces ya, un poco velados por el sueño. Púseme al lado, á la distancia de dos pasos, bajo la luz de un farol eléctrico, cruzáronse nuestras miradas, tuvimos tiempo sobrado para estrecharnos las manos... y volvimos la cara ambos á dos hacia la parte opuesta. ¡Ah, viejos muchachos vergonzosos!

BIBLIOTECA DE LA
"ALFONSO" 1122
* * *
Año. 1885 MORTIMER, 1885

El tranvía es un magnífico observatorio para conocer la avaricia. ¡He aquí un señor que hace incomodar lo menos á diez personas y volver la comida á la boca para buscar una pieza de diez

céntimos que se le ha caído! He aquí un caballero que parece un senador, cubierto de pieles, enguantado y con sombrero de copa, que arma un escándalo porque el cobrador le ha dado en la vuelta una moneda griega; he aquí un provinciano que no quiere pagar cinco céntimos de más por el último trayecto, porque su magnífico reloj no marca todavía las diez de la noche. En la plaza de Solferino sube al tranvía del barrio de Casale una familia acomodada; se compone de marido y mujer, tres muchachas y un niño de dos ó tres años que tiene en la mano un juguete. El marido, que me daba la espalda, se veía que llevaba teñido el pelo, y en él más cosmético que valía el billete del muchacho, que rehusaba pagar, disputando con el conductor del coche, desde el trozo comprendido entre la calle de Santa Catalina y la plaza de San Carlos.

—El niño tiene la edad.

—Pero en esta misma línea no ha pagado.

—Habrà sido con otro conductor.

—No tengo obligación de recordarlo.

—Basta que yo lo diga. No debo faltar al reglamento porque otro haya faltado.

—El reglamento veo que lo interpreta cada uno á su gusto.

—Yo no lo hago—observó el empleado.

—La compañía prescribe que se responda en otras formas.

—Respondo en el tono que se me habla.

—Yo estoy bien educado.

—Pues yo también.

Quizá me engañe; no podía verle de frente; pero por la voz y por el acento con que dijo: «acudiré en queja á la dirección», creí que era el mismo sujeto que armó un escándalo parecido en la línea del barrio de Niza. Bajó, dándome la espalda, en el ángulo de la calle Plana, y le vi

ir con su familia hacia el teatro Gerbino, á gastar sesenta veces el valor de aquella moneda por la cual había armado tanto escándalo. ¡Cuánta torpeza y miseria la de algunos hombres! Tiran sin sentir una moneda de oro cuando les conviene, y en cambio defienden una pieza de cinco céntimos con tenacidad vergonzosa! ¡Oh! raza de avaros empedernidos, que con esas pequeñeces y tacañerías sembráis á vuestro alrededor la ira y la aversión y excitáis el odio entre las clases sociales! ¿Cuándo acabaréis de deshonraros diez veces al día por cinco céntimos?

*
*
*

Me gusta también el tranvía porque se puede observar de cerca á los muchachos que suben á él. Ello me ha permitido examinarlos con toda comodidad y especialmente en las jardineras, gracias á la costumbre que tienen de arrodillarse sobre los bancos, dando la espalda á los caballos y la cara á los pasajeros de atrás. Casi diariamente hago algún conocimiento nuevo. Por dos veces, volviendo á casa desde uno de los frontones, he podido admirar á una niña de poco más de dos años, que sus padres llevaban hacia las seis de la tarde á dar una vuelta por la Viali. Son marido y mujer, pequeñitos, regordetes, y en su rostro se adivina la satisfacción. Se ve claramente que aquella niña es el único y tardío fruto de sus plácidos amores, venida al mundo cuando ya no la esperaban, después de haberla anhelado durante muchos años. Y esto se advertía por las caricias continuas y alocadas de que era objeto, devorándola continuamente con los ojos, y

se advertía también en la complacencia con que se refan al menor gesto de la criatura y á la más insignificante de sus palabras, hasta cuando con los zapatitos ensuciaba sus vestidos ó les molestaba de un modo horrible. Esta tarde estaba arrojada sobre el banco del fondo y me miraba á mí, que estaba de pie frente á ella, como si hubiese mirado la Mole Antoneliana: tenía un rostro redondo de virgencita, iluminado por dos hermosos ojos azules y coronados por una finísima cabellera castaña cortada á la escocesa, sobre la frente, y cayéndola sobre el vestido de color de rosa. Sonreía vagamente mirándome como si recordase haberme visto alguna vez, con esa extraña expresión de benevolencia, curiosidad y malicia propias de la infancia, que parecía decirme:

—¿Quién eres? ¿Por qué me miras? ¿Qué quieres de mí?

Y en tanto movía los labios é hinchábase uno y otro carrillo como si masticase algo.

De pronto metió la mano en la boca y luego la extendió para mostrarme que lo que tenía en la palma de la mano era un trocito de caramelo. Después balbuceó algunas palabras, que no comprendí, volviendo á meterse el caramelo en la boca, y continuó sonriendo y moviendo graciosamente la cabeza de un lado á otro. Yo la miraba, la miraba obstinado, buscando el secreto de aquella fascinación divina de la infancia que sin hablar dice mil cosas, confusas, lejanas, casi sobrehumanas, imposibles de traducir en palabras; de aquella potencia de su mirada vaga, que no penetra en nuestra alma, pero ante la cual desaparecen, huyen y se dispersan todos los pensamientos tristes é impuros, como huye una bandada de aves nocturnas al primer rayo del alba. Y mi corazón la decía:

—Mírame, mírame más todavía, así, que huyan

de una vez todas las miserias de la vanidad, del odio innoble, de la mentira vil, del orgullo; haz que huyan todas esas cosas.

Pero un perro que corría al lado del tranvía la distrajo de aquella obra purificadora y no me fué posible volver á llamar su atención, que seguía fija en el perro y no en mi persona, ni aun tocándola, como lo hice, en la barbilla.

Aquella caricia hizo que los padres se volvieran hacia mí sonrientes. Preguntéles qué edad tenía la niña. No puedo explicar el acento con que me contestaron ambos á un mismo tiempo.

—Veintitrés meses.

No de otro modo hubiesen contestado:

—Tenemos veintitrés millones.

Sentí que aquel número significaba para ellos la fecha de una segunda vida, y que me decían desde cuánto tiempo había caído sobre su casa la bendición y la gloria. ¡Cuán dulces se sienten las alegrías de nuestros prójimos!

Sentí á mi vez una alegría verdadera, profunda, y dije para mí:

—Sed felices, y ¡ojalá esta criatura constituya siempre vuestro regocijo y no tenga nunca un latido de fiebre, ni un golpe de tos, ni una noche agitada, ni pálido el rostro, aunque sea por breves momentos!

*
*
*

En el mismo tranvía, tres tardes después, encontré al obrero lombardo, aquel que me había dicho que yo era un mal político porque no había querido espontáneamente acerca de mis ideas.

También esta vez había celebrado la fiesta do-

minical: lo decía bastante el sudor que le corría por la frente y la expresión alegrilla de los ojos; pero aquella tarde tenía un freno en forma de mujer, que debía ser la suya, alta, seca, sentada á su lado. Apenas me vió, miróme de frente con sus ojos encandilados: temblé á la sola idea de que pudiera reconocermé y volviere á hablarme de sus ideas políticas; pero afortunadamente no me reconoció y empezó á hablar por su cuenta, y sin dirigirse directamente á nadie, de la revolución de Creta; quería ir á Creta, y brusca-mente, levantando la voz, me hizo la proposición de ir con él. Pero le distrajo la campanilla del Viático que pasaba por la otra parte de la calle de San Mauricio. Y entonces empezó á discutir con su mujer. Casi todos los que iban en el tranvía se descubrieron al pasar el Viático; él no lo hizo, y su mujer le dijo que se quitase el sombrero. Contestó que no le daba la gana.

—¿Ni siquiera al Santísimo respetas?—le preguntó la mujer en dialecto piamontés.

Y alargó al mismo tiempo la mano para arrancarle el sombrero. El se apartó violentamente y exclamó:

—«Cuerpo de... ¿me quieres dejar? Yo respeto las ideas de los demás y quiero que respeten las mías... Yo soy librepensador».

Pero la mujer consiguió quitarle el sombrero á pesar de sus esfuerzos. Después volvió á ponerse-lo, y no sabiendo cómo vengarse, empezó á disputar con el conductor porque hacía parar el tranvía para bajar la gente.

—Cumpro con mi deber—decía el conductor.—¿No ha de subir quien quiera?

Parecía que no era esa la idea del obrero; no, no señor, no debía subir quien quisiera, sino únicamente aquellos á quienes él le diera la gana. ¿No había ido él á la campaña con Garibaldi?

¿No había formado parte de su expedición? ¡Pues entonces!... El tranvía era sólo para él y para los que ya estábamos en él. Me miró atentamente, y luego, estrechando mi mano, exclamó:

—Bueno, sí... tiene razón.

Dicho esto, movió la cabeza, como si desaprobara su fea conducta; cerró los ojos, y cuando yo bajé no lo advirtió siquiera. Dormía tranquilamente.

*
* *

Estoy decididamente en un período afortunado por lo que hace á los tranvías. Decidíme hoy á tomar el carruaje de la línea de Vanchiglia, en cuya plataforma vi aquel puerco espín de Tempestad, el cochero de que he hablado ya, y que conocí hace un par de meses en la línea de Niza. Se conoce que la primavera no ha dulcificado su carácter. En el momento de subir, estaba vomitando una injuria horrenda contra el caballo llamado Balía: desde el cual, sin cambiar la expresión de su mirada, la pasaba á mí, como si yo fuese un cómplice del animal. Calló unos momentos, apretándose los dientes; pero cuando llegamos á la plaza de Víctor Manuel, al ver subir á una mujer que dejó á sus pies un gran cesto, empezó á vomitar una serie de juramentos tan horribles, y con una expresión tan feroz, que quedamos horrorizados cuantos le oíamos. No terminó aquella letanía hasta que llegamos á la calle del Príncipe Amadeo. Entonces, al ver que no se apartaba de la línea una viejecilla sorda á sus silbidos y vociferaciones, refrenó por un momento los caballos, y con voz terrible lanzó tres

ó cuatro votos capaces de horrorizar al mismísimo Lucifer si los hubiese oído. Luego volvió á gruñir, viendo que la calle estaba cuajada de gente y pensando en lo que tendría que padecer para atravesarla. Examiné con cuidado á Tempestad, y advertí que toda aquella furia espantosa provenía de que había empezado su almuerzo en mitad de la barrera de Casale y que debía acabar en la plaza de Carlo Felice. ¡Pobre Tempestad! Se comprenden los estragos que esto debía causar en un temperamento como el suyo. Paró delante del teatro, dando al freno una vuelta tan violenta como si intentase romperlo. Y he aquí que su naturaleza endiablada fué sometida á una prueba durísima. Iba á subir al coche una de aquellas pobres señoras para quienes subir al tranvía equivale casi á hacer un viaje á América. Rodeaba á la señora un verdadero ejército de chiquillos, todos ellos suyos, y que estaban apostados en diversos sitios, encaramándose por todos lados, por estribos y plataformas, sin que la madre viera á punto fijo donde se colocaban aquellas simpáticas criaturas, lo cual hacía que exclamara:

—¿Dónde está Carlos? Julia, ponte allí. No, Augusto, no quiero que estés de pie. Carlos, ven aquí, que hay sitio. Marieta, agárrate bien á la barandilla.

Y Tempestad, viendo que no se le daba la orden de marchar, giraba á todos los lados sus ojos furibundos y se estremecía como un mastín encadenado. Cuando estaba á punto de soltar la brida á los caballos, la señora le detuvo con un gesto, porque uno de sus hijos no estaba sentado todavía. Al cabo, soplando como un búfalo, Tempestad soltó el freno y gritó:

—¡Adelante!

Pero la señora exclamó:

—Un momento: ¿es éste el tranvía que va á la Puerta Nueva?

Tempestad contestó con un sí que tenía lo menos siete eses, arreó y empezó á flagelar á los caballos, como hubiese hecho con el peor enemigo, y á soplar en el cuerno, con tanta rabia, como si silbase á Turín entero. Silbó el monumento de Carlos Alberto, silbó la Casa de Correos, silbó el palacio de la Academia de Ciencias y trotó por la calle de Lagrange con la furia de un conductor de un carro de guerra que se lanzara á rienda suelta contra el enemigo. Pero estaba escrito que la jornada había de acabar mal. En la esquina de la calle de Cabour se soltó el gancho de uno de los tirantes, tropezaron los caballos con las correas y se pararon. Saltó como un rayo Tempestad, lanzando llamas por los ojos, y mientras el cobrador arreglaba los tirantes, empezó á dar puñetazos á los caballos, lanzando miradas asesinas contra dos pasajeros de la plataforma y contra mí, que le gritábamos que cesara de dar tan desconsiderada paliza. Sin hacer caso de lo que le decíamos, continuó menudeando los golpes, especialmente contra «Balía», que alzaba la cabeza convulso y tembloroso, pero sin relinchar, como una pobre mujer que calla para no atraer gente al recibir una tunda del marido bestial, que no comprende, pero perdona la infamia. Indignados los que veíamos aquella escena, estábamos á punto de bajar para hacer que concluyera, cuando llegó corriendo desde una esquina, un viejecillo con sombrero de copa, menudo y esmirriado, pero atrevido y resuelto como un caballero de la Edad Media, que afrontó las iras del auriga, cogiéndole con ambas manos por uno de sus brazos. Tempestad lo miró un momento, y dando una sacudida, lo lanzó lejos de sí, tratándole de abogado de las bestias. Era

en verdad, como decía Tempestad, miembro de la «Sociedad protectora de animales», se alabó de ello, sacó una agenda para tomar el número de la jardinera y dijo que iría á dar parte á la dirección. Tempestad volvió á subir á la plataforma, con el rostro verde, mascando rayos; pero apenas había vuelto á emprender la marcha, cuando oyendo decir á su lado:—«Ha hecho bien»— se volvió mirando al temerario con ojos de fuego. Quien había hablado era un hombre de unos cuarenta años, de rostro serio y benévolo, que tenía el aspecto de un obrero instruído. Sostuvo resueltamente la mirada del cochero, y luego dijo con acento amigable y despacio, como el que repite una frase leída en un libro:

—Seguramente... los animales son los compañeros de trabajo, no los esclavos del hombre. Tempestad no contestó.

*
* *

Estamos en plena primavera. Los tranvías de las avenidas corren durante largo trecho bajo las altas bóvedas de castaños, plátanos y acacias, salen al sol y vuelven á sumirse en la sombra como coches errantes en medio de un parque; las ventanillas y los rostros de los pasajeros se cubren de reflejos verdes; y las jardineras pasan rozando los céspedes que crecen junto á la vía y vibran en la atmósfera notas de pájaros y perfumes de flores.

El buen Giors aspira y bebe toda esta frescura á plenos pulmones, absorbiendo el aire embalsamado que resulta un excitante para su estómago. Le excita de tal manera, que afirma con mu-

cha seriedad que, en rigor, cuando llega la primavera, la Sociedad debiera dar doble paga. ¡Pobre Giors! Esta mañana, en la carrera Vinzaglio, sintió un verdadero dolor. De pie, junto á él, apoyándose en la columnilla de la plataforma, estaba un pinche de fonda que llevaba en una cesta descubierta cuatro cabritos crudos, frescos y colorados que daban ganas de comerlos. En un momento dado, una sacudida brusca de la jardinera hizo perder el equilibrio al muchacho, volcóse el cesto y los cabritos rodaron por el suelo; no se puede describir la desolación que invadió el ánimo del buen Giors al ver aquello, y durante más de un kilómetro seguido lamentó la «desgracia» meneando tristemente la cabeza. Y como si aquello hubiese despertado en él una serie de pensamientos tristes, me contó otras «desgracias» parecidas, de las cuales había sido espectador y de las que no se había consolado todavía: Una señora anciana que venía del campo, bajando mal del coche, había caído juntamente con un cestillo lleno de huevos que formaron un lago, del cual la habían sacado en un estado deplorable. ¡Eran unos huevos fresquísimos que despedían un olor delicioso! Un estúpido hortelano, otra vez, había puesto en el extremo de uno de los bancos un cesto lleno de perfumadas fresas que á cada sacudida caían á puñados al suelo, de donde las recogían prestamente un vuelo de gorriónes que seguían el tranvía, armando un guirigay endiablado... ¡Cuando advirtió el hortelano el saqueo, no quedaba una fresa en el cesto! Por último, á una muchachilla, en el momento en que el tranvía paraba en la plaza del Estatuto, se le había resbalado de la plataforma un tazón de sopa que había ido á comprar para su padre, y

le dió tanta pena ver á aquella pobre chiquilla arrodillada en el suelo, queriendo recoger, sollozando, las pastas, que entre él y el cobrador hicieron una suscripción, poniendo cada uno diez céntimos, para que la niña pudiese comprar de nuevo la sopa.

—En cuanto á mí—me dijo con sonrisa triunfante,—no me ha ocurrido nunca un desastre parecido, ni aun cuando sólo tenía un palmo de estatura; el apetito me ha hecho estar siempre en guardia; le aseguro que no se me ha caído jamás de la mano ni una migaja de pan.

¡Simpático Giors! Me parece que es un hombre que no ha podido comer jamás todo cuanto ha querido. La vista de las mesas de restaurant y de hostería preparadas en las aceras en pleno aire, le daban esta mañana un apetito feroz y voluptuoso.

—¡Ah!—exclamaba mirándoles al paso;—con qué gusto me sentaría ahí!

Y se comprende que al sentarse á una mesa, para el que no se sienta nunca, sea un ideal epicúreo, un deseo de millonario, el *non plus ultra* de los sufrimientos de la vida. Y confesándome que estaba dispuesto á comer á cualquier hora del día, se rió; diciendo que trescientos veces al año, por lo menos, almuerza sobre sus propias rodillas, y reía, reía asegurándome que se había quitado el pan de la boca para darlo á una pobre muchacha.

¡Ah, cuán bueno era sin saberlo y cuánta satisfacción me causaba su risa!

*
*
*

Un trayecto verdaderamente memorable, pero que quisiera olvidar, fué el que hice en la línea del Foro Boario. Llegaba yo de extramuros. Era una mañana encantadora. Apenas había arrancado el tranvía, cuando se paró ante la puerta de la cárcel, donde subieron, acompañados de dos agentes de policía, seis jóvenes pálidos y mal trajeados, llevando cada uno de ellos un envoltorio bajo el brazo. Eran seis presos puestos en libertad, que los guardias conducían á la Cuestura central, donde debían recibir la definitiva orden de libertad. No fué preciso que me lo dijera el conductor; lo comprendí en el mismo momento en que subieron, por el modo de volver la mirada alrededor suyo, posándola sobre los árboles floridos, sobre el paseo inundado de sol y sobre los transeuntes, bebiendo, con la boca abierta y las narices dilatadas, el aire húmedo de libertad, que ponía llamas en sus ojos y hacía correr por los músculos de sus rostros estremecimientos de placer, á pesar de los visibles esfuerzos que hacían para disimular la renaciente embriaguez de la vida. Al desembocar el tranvía en la carrera Vinzaglio, y después en la carrera Oporto, al ver por todas partes las avenidas llenas de verduras, de palacetes y de pórticos, á la vista de los Alpes y de las colinas, volvieron las cabezas aquí y allí, con un movimiento de grave estupor, como si á cada revuelta se derrumbara un muro de la cárcel, de la cual no había salido por completo su alma, y miraban ansiosamente cada pasajero que subía, con el mismo gesto que durante

mucho tiempo habían hecho al ver en la rejilla de su calabozo el rostro de una persona desconocida que les miraba. Observaba maravillado que, disipada la primera embriaguez, su rostro iba obscureciéndose con la sombra de un desengaño, como si la hora tan deseada no cumpliera todas las promesas que les hiciera su fantasía, y les recordara de lejos las tristezas de la prisión. En el momento en que atravesábamos la carrera de Humberto, un espectáculo, más extraño todavía, distrajo mi atención. Pasaba una jardinera de la línea de San Segundo llena por completo de monjas del Hospital Mauriciano, algo así como medio convento en coche; veinte figuras grises y blancas, inmóviles y silenciosas, que pasaban rápidamente por la curva, vistas todas de perfil, con la frente baja y los brazos cruzados, como otras tantas estatuas de la Meditación, y que, al dar la vuelta á la calle de Oporto, parecieron únicamente veinte velos negros, ondeando en el aire, cual si huyeran juntos de una tentación diabólica.

Los que salían de la cárcel bajaron en la esquina de la calle Alfieri, y el tranvía prosiguió por la de Santa Teresa. Estábamos á pocos pasos del cruce, cuando vi á lo lejos que en la calle del Veinte de Septiembre se había formado un gran grupo de gente que la llenaba de una acera á otra. Me volví para preguntar al cobrador:

—¿Qué sucede?

Estaba pálido. Había ya comprendido lo que ocurría. El cochero refrenó los caballos, que tiraron despacio. Al llegar junto á la multitud, paramos. Algunas personas se acercaron. El tranvía precedente había aplastado á un muchacho de cinco años, un pobre huérfano que una mendiga llevaba consigo para que tendiera la mano á los transeúntes. Se le había escapado para

atravesar la calle en el mismo momento en que llegaban los caballos; las ruedas de la jardinera le pasaron sobre el cuerpo; había muerto en el acto; metieron el cadáver en el portal de una casa vecina y la multitud lo rodeaba. Había gran número de curiosos junto al cochero, que había saltado, dejando las riendas al cobrador, que proseguía la marcha. Entre la inmensa muchedumbre, sobre aquellas cabezas ondeantes, advertíanse los dos kepís de la guardia municipal y el de un carabinero, y al lado de éste, la gorra galoneada del desgraciado cochero, echada hacia atrás y que dejaba escapar mechones de pelo gris. Durante un momento parecióme su rostro blanco y convulso, con la boca abierta. Después desapareció. Hablaba y gesticulaba; pero el murmullo de la multitud cubría su voz. Vi sus manos agitarse convulsas; llegóme á los oídos un ¡juro! ronco como el grito de un herido. De repente la multitud abrió sus filas, y el cochero, entre dos guardias, avanzó; pero apenas había dado dos pasos, paróse, y alzando la mano como un sacerdote en el altar, volviendo hacia la multitud los ojos llorosos y horrorizados que ya no veían, gritó con voz sofocada:

—¡Juro por el alma de mi padre y de mi madre, juro que no le he visto!

Luego echó á andar de nuevo, y la multitud le ocultó entre sus oleadas. Nuestro carruaje partió de nuevo.

¿Qué fuerza me impulsó á apartar los ojos de la mano del cobrador, que escribía, y á volverlos hacia tierra, hacia las ruedas? De fijo que no me hubiese sido tan horrible el espectáculo del mísero cuerpecito destrozado, como me lo fué el de su pobre sangre derramada entre los carriles; mancha horrible, como si algo de ella viviese y sufriese todavía é implorase socorro desde el fon-

do de su tumba. Fuéme preciso bajar, experimentando súbito horror de aquel coche, como si fuese yo un cómplice de aquel estrago. Aparecióseme el tranvía como una máquina siniestra encargada de asesinar chiquillos. No me sirvió de nada huir. A lo largo de la calle seguía oyendo continuamente aquel grito sollozante:

—Juro, juro por el alma de mi padre y de mi madre...

Aquel grito desolado, suplicante, solemne, parecía llevar dentro de sí mismo otro sutilísimo, el de la voz de la sangre derramada que pedía piedad para él con acento de ruego infantil. Y durante varios días no escribí; no pude subir á un tranvía sin un sentimiento de repulsión, como si todos tuviesen las ruedas ensangrentadas. ¡Ay! ¿es verdad, pues, que hasta la vida civil, como la creación, es una rueda terrible que no puede girar sin triturar huesos y corazones, y que el hombre está destinado á esparcir sangre por los siglos de los siglos?

*
* *

Siempre me ha pasmado la asombrosa futilidad de que dan prueba los hombres, no tanto precisamente porque se ocupen en tratar de las cosas más nimias que nada les importan, cuanto porque dan gran prueba de ella, cuando para probar, quizás, que saben substraerse á las preocupaciones que invaden su espíritu, barajan los más graves acontecimientos con los hechos que ninguna importancia tienen, dándosela mucho mayor á éstos que á aquéllos. Dos caballeros que estaban sentados en el primer banco del tranvía, y

de los cuales no podía yo ver las caras, tenían esta mañana cada uno un periódico en la mano y discutían vivamente. Habían leído un momento antes la primera noticia de la batalla de Turcuf. Era de suponer que hablaban de la victoria que había hecho caer Cassala en poder de las tropas italianas. De pronto, y sin saber por qué, empezaban á discutir sobre el color del farol que indica el último viaje del tranvía de Martinetto:

—Le digo que es blanco; lo he visto cien veces.

—De fijo que lo confunde con el del último viaje de la línea Vinzaglio.

Por la voz reconocí á mi buen «tranviófilo», al amigo de Giors, esferoidal, como siempre, y gran partidario de la Compañía Belga.

El mismo buen señor continuó:

—El farol del último coche del Martinetto es rojo. Verde durante toda la noche, rojo en el último viaje.

—Verde toda la noche—contestó el otro;—lo he visto muchas veces; pero durante el último viaje, es blanco.

—Es imposible.

—¿Quiere usted desmentirme?

—Es usted quien me desmiente, y perdone. Vamos, ¿quiere hacer una prueba? ¡Cobrador!

Este se acercó, y después de oír lo que preguntaban, contestó gravemente:

—Es blanco.

El otro quería argüir todavía; pero el «tranviófilo», triunfante, le cortó la palabra.

—¿Me lo querrá decir á mí, que conozco todos los colores, hasta los de la Turinesa? Es blanco el último de Niza; blanco el de Borgonuovo; verde el de San Segundo; rojo el de Foro Boario; blanco el de San Silverio; rojo el de Vanchiglia.

Bajo aquel alud de erudición tranviesca, su ad-

versario inclinó la cabeza y no contestó una palabra.

El tranviófilo calló durante unos momentos y después añadió:

—Y blanco el último de los paseos.

Aquello fué el golpe de gracia.

Afirmada así su victoria, fijó de nuevo sus ojos en aquel diario que tenía abierto sobre las rodillas, y volviéndose hacia mí, con el rostro regocijado del que pasa de un asunto grave á otro que recrea el espíritu:

—¡Ochocientos muertos!—exclamó sonriendo;— ¡magnífica jornada! Ahora estarán tranquilos por algún tiempo.

*
* * *

Acabo de librarme de un grave peligro y he presenciado una escena curiosa.

Apenas me reconoció desde el extremo opuesto de la jardinera llena de gente, y vió que á mi lado había un sitio vacío, el hombre despiadado sonrió con complacencia feroz, y subido sobre el estribo, agarrándose á los montantes, avanzó hacia mí, como avanza la araña sobre su tela para arrojarse sobre una víctima. Comprendí de golpe que iba armado de un soneto, dispuesto á disparármelo en mitad del corazón, y temblé. Pero en aquel punto subió de un salto á la jardinera, á mi lado mismo, un oficial de «bersaglieri», que ocupó el sitio que el malvado miraba, y éste tuvo que volver á su puesto sin haber soltado sus estrofas. Vi que se estremecía de ira; pero él mismo se distrajo bien pronto, merced á un acontecimiento cómico. Subió por la plataforma delan-

tera un caballero que lanzando una mirada hacia el último banco, reconoció á un amigo suyo á quien no había visto hacía mucho tiempo, y después de haberle saludado con gran efusión, empezó á discurrir en voz alta con él: éste contestó en el mismo tono, sin cuidarse para nada de los treinta pasajeros que les miraban á ambos y les escuchaban con gran estupor. Pertenecían los dos á esa categoría bastante numerosa de originales, á los que falta un sentimiento que se podría llamar pudor social y que gozan de la singular facultad de hacer padecer á los otros por su cuenta.

—¿Tú en Turín? ¿y desde cuándo?

—He llegado esta mañana.

—¿Y cuándo marchas?

—Esta noche; tengo «billete de ida y vuelta».

—¡Ah! pillastre. Debiste escribirme. ¿Y Gabriela?

—Muy bien. ¿Y en tu casa?

—Todos buenos. Gustavo ha ido á Génova.

—Ya me lo escribió el abogado. ¿Y el asunto de Troffarello?

—Va siguiendo.

—¡Diablo!

Y de repente, guiñando un ojo, exclamó:

—Dime, ¿y qué sabes de *aquella*?

—Pues seguimos.

En el carruaje había señoras. Las caras de algunas mamás empezaron á dar muestras de alarma; pero como en aquel momento bajaron algunos viajeros, pudieron ambos amigos reunirse y hablar en voz baja. Habiendo quedado un sitio vacío junto á mí, me encontré de nuevo expuesto al soneto. Vi que el poeta se preparaba ya para venir á mi lado.

—¡Ah! no—dije para mi sayo, recordando el suplicio terrible del *Hombre, ¿quién eres?*—por segunda vez no vas á torturarme.

Y lanzando un *alto* con voz fuerte, me salvé de las catorce puñaladas con que me amenazaba.

*
* *

¡Cuán adecuado sitio es para la coquetería la *carrozza di tutti*, y cuán bien puede estudiarse en ella la potencia del eterno femenino! En la calle María Victoria subió á la jardinera una hermosa muchacha que atrajo en seguida todas las miradas: pequeñita, morena, admirablemente formada, sonriente la boca, y frescas y con hoyuelos las mejillas. Iba vestida con elegancia un poco teatral, pero que agradaba por su misma originalidad. No había visto todavía un arte de coquetería tan varia, tan prolongada, tan diabólicamente refinada. Era una continuidad de ligerísimos, apenas perceptibles, movimientos ondulatorios de la cabeza á los pies, un modo de volver la cabeza y los ojos, de mirar á todos y á ninguno, de provocar y apartar las miradas, un arte de mordiscarse los labios, de abrirlos y cerrarlos, de girar las pupilas, de velarlas y abrillantarlas, fuera cualquier cosa lo que mirara, como si hubiese querido seducir lo inerme, una mezcla de gentileza, de fingido pudor, de sensualidad, de afectación y de ingenuidad infantil, capaz de hacer caer la pluma de la mano al más afamado descriptor de las mujeres de la nueva escuela. Conquistó el tranvía de buenas á primeras. Todos los pasajeros la miraron con ojos de codicia. De cuando en cuando, hasta el cochero se volvía para mirarla, y un grave guardia municipal, que estaba de pie en la plataforma trasera, fijaba sobre ella una mirada bastante distin-

ta, por cierto, de su mirada de servicio. En la esquina de la calle Rogino hizo parar un viejo general vestido de uniforme, un poco flaco de piernas, acompañado de su ayudante, y en el acto de subir la miró tan fijamente, que colocó mal el pie sobre el estribo y tuvo que agarrarse al montante. En cierta ocasión se levantó para correrse un poco hacia la izquierda para hacer sitio á una señora, y en aquel movimiento tan sencillo y rápido, puso tanta gentileza y gracia de paloma y de gata, que relampaguearon, mirándola, los ojos de todos, como si todos hubiesen bebido en aquel instante una copa de benedictino auténtico de los hermanos de Chambery. Lo curioso del caso es que sobre el lugar que ocupaba aquella señorita, pendía del techo un cartelito anunciador en el cual se leía en gruesos caracteres: *Se vende*, y el resto no podía leerse: se trataba de alguna quinta, probablemente. Era ciertamente aquello una calumnia, ó por lo menos podía haber duda á causa del exceso mismo de aquella coquetería, la cual no podría tener otra casa que un instintivo y ardientísimo amor al arte. Bajó en la calle Plana. Las mujeres se volvieron para mirarla con ojos severos, los hombres... de una manera muy distinta.

Y se alejó con la cabeza levemente inclinada, con andar desenvuelto y gracioso al mismo tiempo, mostrándonos todavía su rostro sonriente en el cual resplandecía la conciencia de haber dejado una docena de pasioncillas en el pecho de sus compañeros de viaje de un cuarto de hora.

*
* *

La tonta vergüenza de ir por la calle con un paquete bajo el brazo, me hizo subir al tranvía de Susa para volver á mi casa, y en el mismo tranvía recibí el castigo. Estaban de pie en la plataforma un obrero joven, su mujer y un niño, que no habían encontrado sitio dentro del carruaje. El obrero hablaba al conductor con tono áspero. Le había engañado un amigo que le hizo venir de Vercellese, asegurándole que en Turín encontraría trabajo; pero una vez aquí, no había hallado nada; hacía más de un mes que llamaba inútilmente á todas las puertas; un pariente suyo acomodado, le negó un pequeño empréstito y no sabía cómo arreglárselas. El cochero le aconsejó que se dirigiera á la Cámara del trabajo.

—¡Qué Cámara ni qué ocho cuartos! ¿si no encuentro trabajo yo, me lo han de encontrar los otros?

Y continuó mascullando maldiciones entre dientes. Su hijo, entretanto, chupándose la punta del dedo, tenía los ojos fijos sobre mi paquete. Lo abrí y le puse en la mano un caramelo, que agarró como si lo robara, y empezó á lamerlo respetuosamente, sonriendo. Apenas lo advirtió el padre, cuando volviéndose hacia mí, me miró con ojos torvos, y arrancando el dulce de la mano del niño, antes de que pudiese detenerle el brazo de su mujer, lo lanzó en mitad de la calle. Sentí como si el frío de un acero hubiese penetrado hasta mi corazón, y luego una oleada de desdén, un desprecio momentáneo hacia mis nuevas ideas y una invasión de las antiguas, como

si en aquel momento mi alma entera reaccionara. Pero duró sólo un momento aquella ira.—¡Ah, miserable!—dije para mí,—basta esto solo para... El hombre volvió á desfogarse con el cochero en voz más baja, y su mujer, al cabo de unos instantes, volvió hacia mí su rostro bondadoso y triste, y me dirigió una mirada que quería decir:—«El pobre, es desgraciado, está irritado... comprendalo usted...» A mi vez contesté también con los ojos:—«Lo comprendo». Entonces su rostro se alegró un poco y parecía que dijera:—«Perdónele...» Y contesté de nuevo:—«Le he perdonado».

¡Mentira! No quiero mentir por segunda vez: no le he perdonado aún.

*
* *

Una aventura más alegre he presenciado esta mañana en la línea de Martinetto. Estaba en la plataforma delantera con Carlín, que se restregaba las manos de gusto al saber que habían llegado tres príncipes abisinios al colegio internacional de Turín, lo cual consideraba casi como un desquite, y á cada momento repetía:

—Por lo menos hay tres que tenemos ya entre las uñas.

Interrumpió sus expansiones un conocido mío que subió en la esquina de la calle de Garibaldi, un obrero latonero que había puesto tienda hacía poco, hombre de unos treinta años, bajo de estatura y muy serio. Era un tipo digno de estudio; un autodidáctico de férrea voluntad que había frecuentado la Universidad en un período de huelga, ocupándose únicamente de las cuestiones económicas y prácticas, acerca de las cua-

les iba recogiendo notas que apuntaba en gruesos cuadernos; un socialista *sui generis* que no se cuidaba para nada del programa de su partido y que deseaba únicamente algunas reformas parciales que no era posible esperar de las clases directoras y las cuales creía que bastaría para mejorar la condición de sus compañeros. Era un *legalitario*, como se llamaba á sí mismo, que sentía odio por las frases, que despreciaba las jefaturas, tan lúcido y ordenado en sus ideas, y tenaz en el estudio de todas las cuestiones, y en la necesidad que sentía de expresarse claramente, que en pocos años se había convertido en uno de los oradores más persuasivos del partido, y en uno de los hombres más admirados aun por sus correligionarios más cultos. Saludámonos llevándolo ligeramente la mano al sombrero, y en seguida empezó á hablarme de un opúsculo sobre el «salario mínimo» que estaba concluyendo. Pero cesó de hablar al ver que pasaban por la calle cuatro jovencitos con esposas en las manos, acompañados por dos guardias municipales. Eran, á juzgar por su aspecto, rateros de bolsillos, dos de los cuales iban decentemente vestidos.

Carlín los juzgó con una sola frase:

—Ladrones de guante rojo.

Pero un pasajero, que había subido á la plataforma en aquel momento, un hombre de unos cincuenta años, con aspecto de contramaestre y que olía á aguardiente, expresó un parecer contrario.

—Estamos en 1.º de Mayo—dijo,—deben de ser socialistas.

Y añadió, dirigiéndose á mí con ademán de simpatía y sonriendo irónicamente:

—*Compañeros*... sí, deben ser *compañeros*.

Comprendí en el acto lo que pasaba en su mente. Tenía yo el aspecto de un caballero, debía

odiar el socialismo; vi que tenía la intención obsequiosa de ganar mi simpatía, diciéndome cosas que me fueran agradables; pertenecía, sin duda, á la familia de los aduladores. Por curiosidad le alenté con una sonrisa, y entonces quiso demostrarme, mejor que antes, que sus opiniones concordaban perfectamente con las que me atribuía.

—¡Qué tonterías! Un hombre que tiene la cabeza en su sitio, un hombre que piensa y que trabaja, no debe meterse en más cosas. El mundo será siempre el mismo. A pesar de todas las reformas que se hagan, habrá siempre quien tenga y quien no tenga. Holgar y trabajar: tal es el problema.

Carlín no pudo contenerse.

—Sí—dijo,—pero á nosotros se nos hace trabajar demasiado.

—En cuanto á eso—contestó el otro,—ya es otra cuestión.

Pensaba yo que Carlín contestaría que, efectivamente, tal era la cuestión, y que no podría resolverse en tanto que unos trabajaran y otros no. Pero pronto comprendí que en su mente, por completo entregada á la política, la idea de los intereses de su propia corporación estaba separada de las otras como una luz solitaria que brilla entre tinieblas.

El caso es que no supo qué contestar y que el otro continuó sonriéndome con expresión lisonjera.

—¿No es verdad? Buenos están esos hombres que quieren arreglar el mundo y que no saben lo que se pescan... ¡*Compañeros!*

Y añadió sonriendo:

—¡Se llaman *compañeros* y son únicamente *compañeros* de locura!

Creí que al oír estas palabras hubiese contes-

tado el latonero; pero al mirarle me extrañó la expresión de su rostro, bien distinta, por cierto, de la que yo esperaba. Miraba al charlatán con una expresión tan sincera, con tan profunda y tranquila conmiseración, que ninguna palabra hubiese podido expresar más claramente su sentimiento.

Se comprendía que en aquel igual suyo, cerrado por completo á las ideas y á las pasiones que habían hecho de él otro hombre, veía casi una criatura de raza inferior; que lo debía considerar como un cristiano de los primeros tiempos consideraba á un pagano, como un compuesto de ignorancia, servilismo y estupidez que no podía excitar siquiera la ira. Pero el adulador, que tenía la intención de acabar de conquistarme, no hizo caso de él y añadió:

—Por lo que á mí toca, en cuanto uno quiere tentarme, le envío á paseo. No quiero acabar como esos *compañeros* que han pasado ahora. Si á ellos les gustan esos arneses que llevan en las manos, á mí no. ¿No tengo razón?

Y sonrió mirándome y esperando sin duda que le felicitara.

Entonces el latonero, que desde hacía un momento meditaba, por lo visto, un golpe de efecto, me dijo de repente:

—¿Se ha enterado de la dimisión de nuestro compañero Barbato?

Contesté que ya lo sabía y que me alegraba de ello, porque me parecía respetable que persistiese en su primera negativa, lo cual demostraba que tenía un corazón honrado, sin ambición, y que estaba convencido por completo de que podía servir mejor la causa de los obreros fuera del Parlamento que desde él.

—Es, sin embargo, una lástima—contestó el obrero, poniendo un pie en el estribo para bajar,—porque es un buen hombre.

Y en el momento en que me estrechaba la mano, añadió, marcando las sílabas:

—Buenos días, compañero.

—Buenos días—contesté, y me volví á mirar al otro, que tenía los ojos y la boca desmesuradamente abiertos, lleno de estupor, como el aldeano que ve por primera vez un juego de prestidigitación. Y después de un buen trecho, cuando bajó, miróme todavía.

*
* *

Sería curioso hacer un estudio acerca del socialismo en el tranvía, porque podrían describirse los malos encuentros que en él se tienen y los malos ratos que se pasan, ya que la *carrozza di tutti* es más burguesa, al cabo, que popular. Esta mañana me encontré al lado, en la plataforma de la jardinera de la plaza del Castillo, á mi simpático amigo Guyot, el tragasocialistas, que me echaba furibundas miradas en las cuales se advertía el evidente influjo del 1.º de Mayo. A no dudar, se preguntaba interiormente qué maldad iba yo á preparar para el día siguiente, imaginando, sin duda, que atravesaba Turín en todas direcciones para mejor poder evitar los odios de clase, y de fijo también que se preguntaba qué máquina infernal llevaba yo bajo el sobretodo, que abultaba un poco hacia la parte izquierda, bulto que miraba él de cuando en cuando. ¿Por qué no? ¿Cuatro años antes no habían hecho creer acaso

en aquel mismo día á un concejal que yo había estado detenido por sostener correspondencia con Ravachol, y que éste era uno de los que primeramente habían firmado la petición para libertarme? Cuanto más miraba el misterioso bulto de mi sobretodo, más se obscurecía el semblante de Guyot. A buen seguro que en su imaginación creía que cuando menos aquel bulto era un paquete de proclamas incendiarias. Y véase lo que son las cosas. No eran sino las Confesiones de San Agustín, que acababa de comprar. ¡Cosa extraña! pensé. Desear ardientemente el bien del prójimo, buscar la paz y el amor entre todos los hombres, tener de la sociedad el nuevo concepto que suprime las razones de odio que creen tener algunos contra el egoísmo de los afortunados, sentir horror por la violencia y la sangre, desdén por todas las injusticias, piedad por todos los dolores, sentirse atormentado por ese deseo del bien, hasta el punto de no gozar paz ni reposo... ¡y á causa de todo esto verse mirar con ojos de aversión como si dentro de sí llevase uno cuanto de más triste y feroz puede concebir un ánimo malvado!... ¡Y pensar que el que os mira así es un hombre sensato y bueno, cuya mirada lo ve todo trastocado por el solo hecho de que no comprende vuestras ideas, y que aquel hombre llegaría á ser vuestro amigo si le pudiérais hablar durante una hora, que no llegará nunca, y que por eso mismo os odiará toda la vida! ¡Qué cosa tan horrible!

En tanto que pensaba esto, el tranvía paró en la plaza de Carlos Felipe para dejar libre el paso á un batallón de «bersaglieri», y Guyot dirigió hacia mí una mirada aguda, en la cual se leía su pensamiento:

—«¡Estos os aterrarán mañana! ¡Se comprende que les odiéis!»

¡Ah, torpe! Y pensar que yo amaba á aquellos jóvenes tanto como él; no ya como en un tiempo, por lo que eran en aquel período de su vida, sino por ellos mismos, por su familia, por su porvenir, por sus futuros hijos, con un amor que no procedía de ningún sentimiento de intereses de clase, sino purísimo y profundo, tanto, que me parecía tan augusto y noble como los mejores sentimientos antiguos. Así es que cuando bajó mi enemigo del tranvía y tomó la carrera Víctor Manuel, flanqueada por aquellas dos interminables guirnaldas verdes y cerrado al fondo por la gran mole de Rocciamelone, parecióme que mi espíritu volaba desde aquel baluarte enorme hacia la multitud desconocida, para llevar hasta ella la santa palabra de la fraternidad, y la esperanza divina de un porvenir sin odios y sin guerras. Confortado por aquel pensamiento, parecióme que el estruendo de la trompetería marcial que sonaba hacia la parte opuesta de la carrera moría, no en el espacio, sino en el tiempo, como una voz de lo pasado.

*
*
*

Hay algunos que me preguntan por qué durante el mes de Abril no he descrito la serie de conductores y cobradores que han desfilado ante mis ojos. Creen los que tal me dicen que todos esos tipos de que no he dado cuenta valen la pena de que se les describa, puesto que cada hombre es un libro. Culpa mía será; pero no puedo dar de ninguno de ellos sino el título. Había uno que

fué maestro, hermano y voluntario de Garibaldi, una rara máscara acaricaturada de Júpiter, con una gran cabeza blanca, tan grave y serio, que sobre el tranvía parecía que estuviese sobre un carro triunfal y que repartiera los billetes como dones celestes. Es un antiguo cochero, un hombre tan gracioso, de raza enana, tan bufo de aspecto y de inteligencia, que hace soltar la carcajada á todos sus colegas con un pequeño gesto, con la menor palabra que dice á media voz y de la que ningún pasajero puede adivinar el significado. Ha sido cochero de una familia noble, nombra los amos y amas de todos los carruajes particulares que pasan con una sonrisa vagamente misteriosa, con mezcla de familiaridad y altivez, como si fuera un patricio arruinado á quien la vista de cada uno de los carruajes recordara una amistad ó un amor de sus buenos tiempos.

Hay otro, un cobrador tétrico y taciturno, que tiene la extraña costumbre de ejercitarse en escribir en caracteres diminutos y que dedica todos los momentos que tiene libres á esta tarea, de la cual enseña á los pasajeros, sin hablar una palabra, las muestras que compone, entre ellas tarjetas de visita que contienen unas patas de mosca ilegibles para todos los ojos humanos. Recorriendo las diversas líneas, topa uno con varios y repetidos ejemplares de Carlín, entusiasmados con la política, devoradores de diarios y de discursos, innumerables *Marqueses*, que cortan el billete como quien corta delicadamente el tallo de una flor, y con otros tantos *Tempestades* erizados que se muerden la cola desde la mañana hasta la noche. ¡Y qué colección tan preciosa y completa la de las mujeres de todos esos empleados! En las diversas líneas he conocido una variedad enorme de ellas: unas con pretensiones, como si fueran verdaderas señoras; otras, enamoradas de jóvenes,

mujeres que alimentan á los hijos de sus maridos, rostros de víctimas resignadas, caras atrevidas y endiabladas que tienen el aspecto de aprovechar las horas de ausencia conyugal, mujercillas cuidadosas y amantes que al entregar el almuerzo al marido le hacen mil recomendaciones, que desde lejos miran cómo come, y que acechan la llegada del otro tranvía contando los minutos que pasan y los bocados que dá su esposo. ¡Ah, cuán duras y tristes existencias he adivinado durante el curso de mis observaciones, cuántas buenas naturalezas han aparecido ante mis ojos, cuánta modesta virtud y cuánta hermosa y sana correspondencia de afectos!

Ayer mismo, en la línea de las afueras, al obscurecer, asistí á una escena encantadora. Iba en el tranvía un cobrador con el pelo y el bigote negro, hermoso mozo de rostro un tanto melancólico y de agradable aspecto. Al parar en el Corso San Mauricio el tranvía, llegó por una de las calles laterales una mujercita joven y graciosa, descubierta la cabeza y con un chiquillo en brazos, la cual subió con gran prisa al coche, lanzando á su alrededor una mirada escrutadora, como si acudiese á una cita amorosa. El cobrador le cogió el chiquillo con gran rapidez, se sentó, lo puso sobre sus rodillas y empezó á acariciarlo y á besarlo como si quisiera saciarse de una vez, mientras la joven madre, sentada á un lado, miraba con expresión de gran dulzura al padre y al hijo. Aquél levantaba de cuando en cuando la cabeza para enviarle una sonrisa en la cual se adivinaba el amor de esposo.

Había aprovechado la mujercita aquella ocasión en que el tranvía estaba vacío, para llevar al marido la tierna criatura, y miraba con ojos ansiosos el poco trecho que le quedaba de viaje.

A la primer parada bajó prestamente con el chiquillo en brazos y el niño miraba hacia su padre.

Este, reteniendo á su mujer por la mano, le dijo:

—Hasta luego.

—¿A qué hora?—preguntó ella, cuando ya el tranvía había echado á andar, mirándolo amorosamente como si presintiera la respuesta:

—Como de costumbre.

—¿A las once?

—A las once—replicó el cobrador, saludando con la cabeza.

La mujercita suspiró y quedó un momento de pie en mitad del Corso, vueltos los ojos hacia el carruaje que le apartaba de su esposo. Era en verdad un hermoso espectáculo el que presentaban aquellos dos hermosos jóvenes que se miraban á través del espacio, siempre creciente, vuelto él hacia ella, y ella mostrándole desde lejos el muchacho. Aquellos pobrecillos les parecía larga una ausencia de cuatro horas, porque era su corazón el que señalaba los minutos, y el niño el lazo de unión entre los dos.

CAPITULO V

Mayo.

Fué aquella una hermosa mañana, y tuve una conversación relacionada con la fecha del mes, en el tranvía de Vanchiglia. Sin duda alguna eran los interlocutores algunos de aquellos mismos que cuando el 1.º de Mayo presentaba un aspecto amenazador, decían:

—Celebren tranquilamente su fiesta los obreros, si quieren que sea respetada.

Cuando ya la fiesta fué pacífica, se burlaban de reuniones privadas y de las giras campestres, atribuyendo aquella tranquilidad á temores vergonzosos. No hay gente más fastidiosa que los miedosos empedernidos, los cuales, cuando ya no tienen nada que temer, acusan á los que se lo han inspirado.

Razonaron un rato para demostrarse mutuamente una cosa de la cual estaban ya convencidos: de que la fiesta era un absurdo, así como también la idea que representa. Les escuchaba, sin embargo, casi con gusto, pensando que andando el tiempo les parecería á las generaciones futuras tan rara su conversación, como ellos creían rara